

UN MODELO DICOTÓMICO DE LA AGRESIÓN: VALORACIÓN MEDIANTE DOS AUTO-INFORMES (CAMA Y RPQ)

José Manuel Andreu^{1,2}
Jesús Martín Ramírez^{1,3}
Adrian Raine⁴

² *Departamento de Psicología Clínica. Universidad Complutense de Madrid.*

³ *Departamento de Psicobiología. Universidad Computense de Madrid.*

⁴ *Department of Psychology. University of Southern California, Los Angeles, California.*

Resumen

El presente trabajo muestra la complejidad inherente a la clasificación de la agresión, no sólo porque este constructo ya en sí mismo es ambiguo y presenta múltiples facetas y matices, sino porque los investigadores y especialistas en la materia utilizan sus propios conceptos y tipología de la agresión que podrían estar haciendo referencia a la misma realidad epistemológica aunque denominándola de distinta forma. Con esta intención, se describen los principales tipos de agresión que los especialistas en esta disciplina han ido ofreciendo a la comunidad científica a lo largo de las últimas décadas. A partir del reconocimiento de esta complejidad, se ofrece un modelo dicotómico de la agresión basado fundamentalmente en el análisis de la motivación básica del agresor (Raine et al., 2006). Según este enfoque, las diferentes conductas agresivas que se manifiestan en los diferentes focos de expresión, podrían polarizarse en dos estructuras básicas: *reactiva* y *proactiva*. Al respecto, se añaden los correlatos psicopato(bio)lógicos que apoyan estas dos dimensiones, así como también la utilidad de su valoración mediante dos auto-informes (CAMA y RPQ) de cara al estudio de la motivación “oculta” del agresor. Finalmente, planteamos la utilidad de este modelo teórico para analizar la motivación del comportamiento agresivo a través de diferentes instrumentos de auto-informe.

PALABRAS CLAVE: *Agresión reactiva y proactiva, correlatos psicobiopatológicos, instrumentos de auto-informe, CAMA y RPQ.*

¹ Grupo de Investigación sobre Neuropsicopedagogía de la Agresión, Instituto de Estudios Biofuncionales

² Este trabajo ha sido financiado parcialmente por la Universidad Complutense de Madrid a través del proyecto PR1/06-14456-B.

Correspondencia: J.M. Andreu, Departamento de Psicología Clínica, Universidad Complutense de Madrid. Campus de Somosaguas. Madrid. E-mail: jmandreu@psi.ucm.es

Abstract

The present paper shows the inherent complexity of classifying aggression not only because this construct is already ambiguous in itself and presents various dimensions and shades, but also because researchers and specialists in this field use their own concepts and typology of aggression which could make reference to the same epistemological reality but naming it in a different way. With this intention in mind, we describe the different types of aggression that specialists in this field have been offering to the scientific community during the last decades. Starting with the awareness of this complexity, we offer a dichotomic model of aggression fundamentally based on the analysis of the basic motivation of the aggressor. According to this perspective, the aggressive behaviours manifested in the different community settings, could polarize in two basic structures: *reactive* and *proactive*. To this, we sum the psychopatho(bio)logical correlates which support these two dimensions, as well as the utility of the self-reports in order to analyse the hidden motivation of the aggressor using two different inventories: (CAMA y RPQ). Finally, we question the usefulness of this theoretical model to shed light on the motivation of aggressive behavior through different self-report instruments.

KEY WORDS: *Reactive-proactive aggression, psychopathological correlates, self-report instruments, CAMA and RPQ.*

Introducción

Las dificultades a la hora de definir un constructo tan ambiguo como la “agresión” se complican mucho más cuando intentamos establecer una clasificación de aquellas conductas agrupadas bajo el mismo abanico terminológico. Lejos de ser un concepto que describa alguna dimensión en particular, la agresión implica diferentes conductas que, aunque puedan parecer similares, presentan mecanismos de control neuronal y genético totalmente diferentes, toman diferentes manifestaciones fenomenológicas, tienen diferentes funciones y antecedentes y, finalmente, son provocadas por diferentes circunstancias externas.

La clasificación pionera ofrecida por Arnold Buss en 1961, distinguió tres dimensiones de la agresión que han llegado a ser clásicas en la disciplina: a) *física-verbal*, b) *activa-pasiva* y c) *directa-indirecta*. Aunque no son categorías independientes entre sí, puesto que presentan cierto solapamiento (Yudofsky et al., 1986), dichas dimensiones ayudan a categorizar las diferentes formas de expresión de la agresión de forma satisfactoria. La **dimensión física-verbal** distingue entre el uso de la fuerza o del lenguaje para infringir daño a otra persona (Berkowitz, 1994; Björkqvist, 1994). La **dimensión activa-pasiva** hace referencia al modo en que el agresor se implica en la producción del daño, ya sea activamente, o, por el contrario, de forma pasiva, por descuido o negligencia. La tercera **dimensión directa-indirecta** ha sido especialmente relevante en el estudio de la agresión

(Björkqvist, 1994; Björkqvist et al., 1992; Buss, 1961, 1971). La agresión directa ha sido definida como cualquier acto cuya principal meta es hacer daño directamente a otra persona (Baron y Richardson, 1994), por lo que conlleva, consecuentemente, una confrontación cara a cara entre el agresor y la víctima. Consistente con la formulación original de Buss (1961), esta forma de agresión puede ser tanto verbal como física. Por ejemplo, la agresión directa puede producirse tanto si se grita como si se pega a otra persona. La agresión indirecta, sin embargo, es definida como cualquier conducta cuya intención es producir un daño a alguien, pero ese daño se realiza a través de otra persona, objeto o pertenencia (Richardson y Green, 2003). Lógicamente es un tipo de agresión que evita el contra-ataque, ya que no se agrede directamente sino por otros medios al alcance del agresor. Norma Feshbach (1969) definió precisamente este tipo de comportamiento agresivo como "aquellas respuestas que producen dolor a una persona a través del rechazo y la exclusión de los demás", incluyendo acciones tales como ignorar o negar las demandas de alguien. Esta agresión también puede ser también física o verbal. Por ejemplo, la agresión indirecta puede manifestarse como un daño a alguien a través de algunas de sus propiedades o pertenencias, o, por el contrario, simplemente ofendiendo o hablando mal de alguien a sus espaldas.

Al margen de esta clasificación, otros investigadores han considerado distintas **formas no-directas de agresión**. Por ejemplo, cuando el daño o perjuicio se produce a través de las propias relaciones interpersonales. Esta forma de agresión se manifiesta fundamentalmente a través de conductas verbales que causarían daño a través de las relaciones con los demás. Al respecto, Crick y Grotpeter (1995) definieron este comportamiento agresivo como "el daño que se produce a otros a través de la manipulación de las relaciones con los demás". En este tipo de agresión se incluirían conductas tales como la exclusión social o marginación.

Claramente distintas a estas aproximaciones, fundamentalmente teóricas, se han propuesto multitud de tipologías de la agresión. Aunque suelen basarse en criterios muy diferentes, la mayoría de ellas muestran cierta consistencia en cuanto a que siguen un planteamiento común en relación con el propósito o intencionalidad del agresor -por qué agrede-, la meta -para qué agrede- y, finalmente, en función de si la motivación primaria es o no provocar dolor o daño en la víctima. Por ejemplo, Rosenzweig (1941) delineó una tipología específica de conductas agresivas relacionadas con la frustración: la **positiva/constructiva**, que sería adaptable y prosocial, y otra **negativa/destructiva** que sería desadaptativa y antisocial. Recientes estudios (Lansford et al., 2002; Poulin et al., 2002) hacen hincapié en estas distinciones para comprender la compleja fenomenología de la violencia. En este sentido, Loeber y Schmalin (1985) también aplicaron el mismo criterio a la conducta antisocial en jóvenes y adolescentes, proponiendo las categorías de conducta antisocial **abierta y encubierta**, por otra parte, una distinción que ha sido relativamente bien aceptada en los estudios sobre comportamiento antisocial en la niñez y la adolescencia (Peña, 2005).

No obstante, el problema de la clasificación de la agresión es ciertamente complejo puesto que los diferentes autores y especialistas en la disciplina utilizan diferentes conceptos y tipología de la agresión. Así, por ejemplo, autores como Crick y Dodge, (1996), Dodge y Coie (1987), o Poulin y Boivin (1999) proponen distinguir entre agresión **proactiva y reactiva**. Esta dimensión es especialmente relevante ya que nos facilita comprender la motivación del agresor, así como también analizar los déficits y mecanismos cognitivos que subyacen a ambos tipos de conducta agresiva. La *agresión reactiva* incluiría una serie de actos agresivos elicitados básicamente como reacción a una agresión, provocación o amenaza percibida –además de sesgos atribucionales hostiles-; mientras que la *agresión proactiva*, por el contrario, incluiría una serie de actos agresivos puestos en marcha intencionalmente para resolver conflictos o dificultades en la comunicación, para conseguir beneficios, recompensas o refuerzos valorados por el agresor y que no implican que la motivación primaria sea hacer daño a la víctima. En este sentido, parece que más que sesgos en el procesamiento de la información, el mecanismo cognitivo de base sea la justificación o aceptabilidad de la agresión (Ramírez y Andreu, 2006).

Profundizando un poco más en las diferentes clasificaciones que la agresión ha presentado en la investigación, hay que tener en cuenta que la distinción *proactiva-reativa* ha sido denominada de múltiples formas. Por ejemplo, como agresión **instrumental y hostil** por una serie de autores tales como Aronson (1992), Bandura (1973), Feshbach (1969), Hartup (1974), Hinde (1970) y Kingsbury et al., (1997), como agresión **impulsiva y/o premeditada** (Barratt et al., 1997; Houston et al., 2003), y, finalmente, como **predatoria y afectiva** (Vitiello et al., 1990). A nuestro juicio, todas estas distintas formas de dicotomizar la agresión hacen referencia a la misma realidad epistemológica. El análisis de la motivación del agresor puede ser la clave precisamente para poder comprender la tipología de la agresión puesto que, a nuestro entender, la motivación reactiva o proactiva sería la característica común subyacente a cualquier manifestación de la agresión. Así, por ejemplo, la “instrumentalidad-proactiva” de la agresión nos permitiría comprender desde la agresión política hasta la psicopática (Raine et al., 2006); mientras que la “hostilidad-reativa” nos facilitaría comprender desde la agresión explosiva-intermitente hasta la violencia sexual hostil (Canter y cols., 2003) o sádica (Knight, 1999).

Precisamente, y como intento previo para elaborar una clasificación dicotómica de la agresión, hemos propuesto, desde una aproximación factorial, una tipología multidimensional de la agresión elaborada a través de un modelo empírico de ecuaciones estructurales (Andreu y Ramírez, 2003). Este modelo plantea tres dimensiones de la agresión, significativamente correlacionadas entre sí, a través de las cuales se pueden clasificar diferentes conductas agresivas. En primer lugar, la agresión física y verbal se integró en una estructura denominada “**dimensión conductual**” –al estar relacionadas con la expresión de la agresión a través de conductas físicas o verbales-; la agresión indirecta y crítica se clasificó en una estructura llamada “**dimensión social**”, al estar esta forma de agresión relacionada con la manifestación indirecta a través de la red social o de los pares-; y, finalmente, la

agresión hostil e instrumental se incluyó en la denominada “**dimensión situacional**”. Esta clasificación tridimensional de la agresión mostró una adecuada bondad de ajuste estadística, llegando a explicar satisfactoriamente la variabilidad de cada una de las seis conductas agresivas analizadas. En conclusión, esta clasificación tridimensional permite apoyar empíricamente una tipología estructural de la agresión en función de su expresión conductual, social y situacional que nos oriente tentativamente a un modelo dicotómico de la agresión basado precisamente en la motivación instrumental u hostil del agresor. Y éste será precisamente nuestro principal objetivo en las líneas siguientes.

Hacia un modelo dicotómico de la agresión

Lo que, en primera instancia, pretendemos mostrar a los diferentes profesionales y estudiosos de la Psicología forense es que las clasificaciones tradicionales de la conducta agresiva pueden agruparse en dos categorías que nos permitan distinguir sus correlatos biológicos, psico(pato)lógicos y sociales, y que además nos permita comprender la diferente fenomenología o “focos de expresión” de la violencia (Bushman y Anderson, 2001). Esta perspectiva puede resultar de utilidad ya que, además de plantear la existencia de ciertas características generales subyacentes a cualquier tipo de agresión, permite arrojar luz sobre el complejo estudio de la etiología diferencial de la agresión (Crick y Dodge, 1996; Dodge, 1991; Raine et al., 2006).

Para ir aclarando el estado de la cuestión, las principales características específicas de este modelo dicotómico de la agresión serían las siguientes:

(1) En primer lugar, la dimensión “**reactiva-hostil-impulsiva**”, que integraría aquellos tipos de agresión que pueden definirse como actos o conductas cuyo principal motivo sería dañar a otro individuo. Este tipo “hostil, impulsivo o reactivo” se ha relacionado consistentemente con la falta de funciones inhibitorias, autocontrol reducido, impulsividad y hostilidad (Atkins et al., 1993; Raine et al., 1998; Raine et al., 2006); además de irreflexión o confusión del pensamiento (Barratt et al., 1997), activación emocional (enojo y pérdida de control de la conducta), y reacción a alguna provocación.

Psicológicamente, este tipo de agresión parece estar asociado a reacciones defensivas, miedo, irritabilidad, hostilidad y provocación, así como a déficits en el procesamiento de la información social y problemas de internalización, como depresión y somatización (Dodge, 1991; Dodge y Coie, 1987; Meloy, 1988; Volavka, 1995), manifestándose típicamente con expresiones faciales hostiles y un fuerte afecto negativo. Desde esta perspectiva, se predice que este tipo de agresión estaría asociado con una personalidad impulsiva y con puntuaciones más altas en hostilidad y ansiedad social.

Fisiológicamente, esta agresión hostil/impulsiva/reactiva se caracteriza por una marcada hiperexcitación simpática. También algunos déficits cognoscitivos y neurobiológicos han sido repetidamente asociados con este tipo de agresión. Por ejemplo,

los agresores hostiles suelen tener una capacidad intelectual más baja (Vitiello et al., 1990), así como habilidades verbales más pobres, una baja amplitud de la onda P300 (Barratt et al., 1997), deterioro de las funciones ejecutivas centrales (Fuster, 1997; Raine et al., 1998) y bajos niveles de CSF 5HIAA (Linnoila et al., 1983).

Psicopatológicamente, sus rasgos centrales serían: elevación del nivel del sensorio, activación cortical, pérdida de realidad, ideaciones y pensamientos delusivos (Meloy, 1988), y también presencia de trastornos o alteraciones de la personalidad, especialmente el esquizotípico. Esto explicaría precisamente la asociación de la agresión reactiva con la esquizotipía, en la que encontramos déficits en el procesamiento de la información (ideas de referencia, experiencias perceptores raras o extrañas, pensamiento mágico e ideación paranoica). Más específicamente, pueden distinguirse dos subgrupos: uno que muestra una reacción relativamente adaptable a los desafíos actuales y su estado social, siendo el pronóstico a largo plazo relativamente normal, y el otro psiquiátricamente más perturbado (Raine et al., 2006).

(2) En segundo lugar, la dimensión de la agresión “*proactiva-instrumental-planificada*”, que integraría aquellos actos intencionalmente provocados para influir y “controlar” el comportamiento de la víctima (Dodge y Coie, 1987). Sería, por tanto, una estrategia que el agresor pone en marcha de forma premeditada para resolver conflictos, o para obtener una variedad de objetivos, tales como ganancias, beneficios, ventajas o recompensas (poder, dinero, mando y dominación, satisfacción con sexo o drogas). Estaría planificada y orientada hacia una meta, organizada y “fría” (Dodge, 1991; Meloy, 1988). No requiere ni provocación ni enojo (Berkowitz, 1993), y está probablemente más influida por procesos de adquisición y reforzamiento que la dimensión reactiva de la agresión (Bandura, 1973). Si bien, a nuestro juicio, bajo la agresión hostil pueden estar implicados procesos de reforzamiento negativo que en última instancia tendrían la función de disminuir o reducir estados emocionales negativos como la ira, el enojo o el miedo. Futuras investigaciones tendrán que aclarar progresivamente la motivación aprendida en ambos tipos de agresión.

Psicológicamente, la agresión “instrumental/premeditada/proactiva” está asociada con una evaluación positiva de la agresión y, sobre todo, de sus consecuencias, con la ganancia social y dominación, dirección, estatificación, relación recíproca y amistad con otras personas y modelos agresivos –a lo que añadiríamos una mayor atribución de autoeficacia-. En contraste con los agresores reactivos que pueden ser más impulsivos, hostiles y ansiosos, los agresores instrumentales presentan características bien diferenciales ya que al presentar en algunos casos una extrema falta de profundidad emocional pueden llegar a ser extremadamente violentos (Raine et al., 2006).

Fisiológicamente, y en contraste con la agresión hostil, la instrumental presenta medidas relativamente normales a nivel neuropsicológico, funciones ejecutivas centrales conservadas y capacidades emocionales similares a las de los individuos no violentos (Barratt et al., 1997; Stanford et al., 2003), así como baja excitación del sistema nervioso

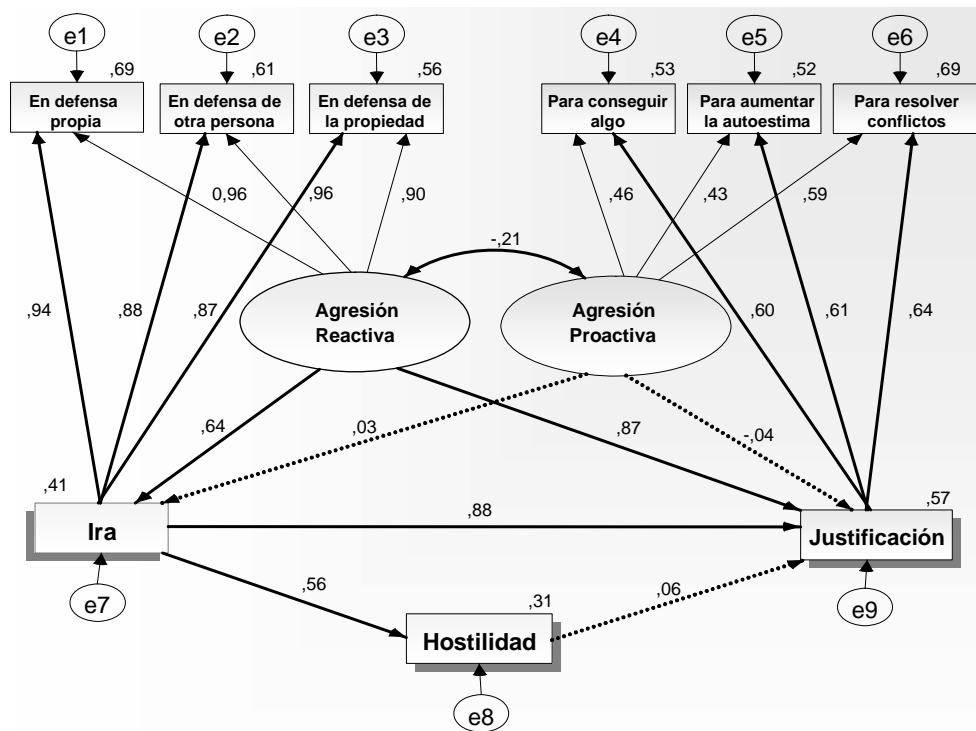
autónomo (Mirsky y Siegel, 1994). Por otra parte, su funcionamiento prefrontal (Raine et al., 1998) y la amplitud de la P300 son relativamente normales (Barratt et al., 1997). No parecen, por tanto, ser significativamente diferentes de las personas normales o no agresivas (Linnoila et al., 1983).

Psicopatológicamente, la agresión instrumental/premeditada/proactiva se ha ejemplificado prototípicamente con la psicopatía. Mientras la agresión reactiva puede tener características pertenecientes al espectro psicopatológico esquizotípico, por la distorsión de realidad y las anormalidades en el procesamiento de la información, la agresión instrumental/proactiva puede representarse en la personalidad psicopática. Consistentemente, los psicópatas han sido caracterizados como manipulativos, parasitarios, con baja activación simpática, buscadores de estímulos y fríos emocionalmente (Hare et al., 1999; Newman, 1997; Patrick y Zempolich, 1998). Por otra parte, presentan una predisposición a la criminalidad violenta que los delincuentes no-psicópatas (Hare y McPherson, 1984).

Al respecto, la agresión proactiva, pero no la reactiva, predispondría a la criminalidad violenta (Pulkkinen, 1996) y estaría asociada con la delincuencia y los problemas de conducta disociales (Atkins y Stoff, 1993; Vitaro et al., 1998). Patrick (2001) también ha defendido que la "verdadera" psicopatía estaría más asociada con la agresión proactiva que con la reactiva. Esta "instrumentalidad-proactividad" de la agresión también estaría presente en aquellas conductas disociales que se manifiestan en los trastornos por déficit atencional y comportamiento perturbador (Lynam, 1998).

Consecuentemente, a tenor de todas estas consideraciones teóricas, para poder entender la naturaleza multifacética de la agresión y, sobre todo, para no confundir nuestra comprensión de la misma, y de la multitud de conceptos asociados que presenta, distinguir entre estos dos tipos de agresión puede llegar a ser un requisito fundamental (Andreu & Ramirez, 2003; Ramírez y Andreu, 2003; Ramírez y Andreu, 2006). Al respecto, y para acabar de ilustrar la utilidad de estas dos dimensiones en la investigación de la agresión, la Figura 2 presenta un modelo dicotómico de ecuaciones estructurales empíricamente validado en una muestra comunitaria de jóvenes y adolescentes (Andreu, 2006) en el que podemos observar: a) por una parte, cómo las dos dimensiones "reactiva" y "proactiva" integran de forma satisfactoria seis diferentes tipos de conducta agresiva, medidas a través de la SAS (Andreu, 2001); y b) por otra parte, cómo la ira (medida a través del Cuestionario AQ de Buss y Perry, 1992) es un correlato emocional de la agresión reactiva, mientras que la justificación de la agresión (medida a través del cuestionario CAMA de Ramírez, 1991) lo es de la agresión proactiva. Finalmente, la hostilidad desempeñó un papel mediador entre la irascibilidad y las creencias justificables de la agresión, teniendo sólo un efecto significativo en relación con la ira y la agresión reactiva y no tanto con las creencias a favor de la agresión como medio legítimo de conducta (Ramírez y Andreu, en prensa).

Figura 2. Modelo dicotómico de la agresión y relación con la ira, hostilidad y justificación de la agresión (Andreu, 2006).



Validez de los auto-informes en la evaluación de la agresión

Algunos investigadores cuestionan la validez de las medidas de auto-informe en el estudio de la agresión, argumentando que la deseabilidad social y la auto-presentación hacen que estos instrumentos sean inexactos en su medida. Al tratarse de una conducta socialmente “inaceptable”, los examinados pueden ser vacilantes a la hora de admitir una excesiva agresividad. Puede, por tanto, asumirse que “actúan” a la hora de responder al cuestionario bajo las opiniones de otros, o que temen, por ejemplo, que serán juzgados negativamente si admiten conductas agresivas. Consiguientemente, se pondrían en marcha actitudes para sugerir que tales conductas no son aceptables o no están justificadas. Además, a la hora de analizar la imagen de la persona examinada con auto-informes, tendríamos el problema del “auto-conocimiento”. Las personas examinadas a través de instrumentos de auto-informe pueden que no sean suficientemente precisas y honradas consigo mismos al negar o desconocer la magnitud de su propia agresividad.

No obstante, Richardson y Green (2003) examinaron esta actitud a la hora de responder en los auto-informes comparando los datos aportados por el participante del experimento con los datos de otro co-participante que conocía al examinado e informaba sobre su conducta. En primer lugar, pidieron al examinado identificar a alguien que viviera en el área local con quien hubiera tenido alguna discusión o pelea en el último mes. Posteriormente, se completó la encuesta sobre la conducta agresiva sólo en el caso de que existiese algún conflicto con la persona que habían seleccionado como co-informante de su agresión. A los co-participantes se les solicitó que completaran la “Escala de Conflictos de Richardson” (RCRQ), en la que informaban sobre la conducta agresiva de los participantes que habían mostrado alguna agresión contra ellos. Los resultados fueron consistentes: los niveles de agresión auto-informada estaban significativamente correlacionados con los informes de agresión de las personas que habían tenido algún conflicto con el examinado ($r=0.55$ y $r=0.58$, respectivamente). Aunque el nivel de agresión emitido por el auto-informe era más bajo que el del hetero-informe, ambos informes coincidían y el tamaño del efecto aumentaba tanto si las personas informaban sobre la conducta de otros como sobre su propia conducta. Algo similar ocurría respecto a otras variables estudiadas tales como el enojo, la hostilidad y la impulsividad (O’Connor et al., 2001; Richardson y Green, 2003).

A pesar de estos eventuales inconvenientes, el uso de auto-informes en la investigación de la agresión aporta una importante ventaja, ya que analizar la motivación de la conducta es a menudo inaccesible al observador. Por este motivo, el uso de estos instrumentos puede ser una estrategia útil para tener acceso a la motivación de los agresores, especialmente para distinguir sus motivaciones hostiles o instrumentales (Raine et al., 2006; Ramírez y Andreu, 2003). Consecuentemente, para clarificar los correlatos del mencionado modelo dicotómico de agresión, las medidas de auto-informe presentarían una ventaja potencialmente importante, incluso en comparación con aquellas medidas más objetivas como son las observacionales, puesto que la motivación intrínseca para la agresión constituye a nuestro juicio una clave para la distinción entre la agresión proactiva y la reactiva.

Ya existen numerosas medidas de auto-informe de la agresión, aunque casi todos para adultos (v. Lilienfeld et al., 1997); algunos instrumentos ya se han adaptado psicométricamente en nuestro país (v. Andreu, 2001). Entre los más usados, tenemos el BDHI de Buss-Durkee, el Cuestionario de Agresión (AQ), el EXPAGG o el Cuestionario de Actitudes Morales (CAMA), el Inventario de Expresión de la Ira (STAXI), y la Escala de Tendencia al Enojo (ASQ). No obstante, en la actualidad hay una fuerte demanda de auto-informes destinados específicamente para la evaluación de la agresión en niños y adolescentes (Raine et al., 2006). Teniendo en cuenta la escasez de este tipo de instrumentos, a continuación se presentan dos medidas de auto-informe adaptadas por nuestros grupos de investigación: el RPQ, para niños y adolescentes, y el CAMA para jóvenes y adolescentes.

Cuestionario de Agresión Proactiva-Reactiva “RPQ”

Ante la escasez de medidas de auto-informe para medir agresión en niños y adolescentes, el *Cuestionario de Agresión Proactiva-Reactiva* ha sido diseñado recientemente por Raine y colaboradores (Raine et al., 2006) entre los que se encuentran, además del propio Adrian Raine, Keneth Dodge, cuyas teorías sobre el comportamiento agresivo infantil son ampliamente reconocidas por su valor para comprender los mecanismos cognitivos implicados en la misma, y Rolf Loeber, reconocido especialista en el complejo campo de la conducta antisocial en jóvenes y adolescentes. Precisamente, los ítems del RPQ se generaron, por una parte, utilizando los ítems diseñados por Dodge y Coie (1987) para evaluar el comportamiento agresivo a través de registros observacionales y, por otra, teniendo en cuenta la literatura científica sobre agresión reactiva y proactiva (Barrat, 1991; Dodge y Coie, 1987; Meloy, 1988; Vitiello et al., 1990).

Además de su validez conceptual, los ítems del RPQ intentan reflejar la agresión verbal y física, incluyendo la motivación y contexto situacional de la agresión, independientemente de si se manifiestan directa o indirectamente. Los ítems son gramaticalmente muy simples, para ajustar al lenguaje y desarrollo cognitivo en muestras de niños y adolescentes. Las instrucciones, a su vez, se redactaron para evitar en la medida de lo posible un estilo defensivo de respuesta, por lo que el cuestionario incluye la instrucción de que “en ocasiones hacemos cosas que no deberíamos haber hecho” y se señala con qué frecuencia se han realizado por la persona que contesta al cuestionario, sin dedicar mucho tiempo para pensar las respuestas. Los ítems incluyen una escala de respuesta de 0 (nunca) a 3 (a menudo) para determinar la frecuencia de ocurrencia. Los análisis estadísticos realizados en la muestra original, a través de análisis factorial confirmatorio, muestran la estructura bi-factorial de los ítems, confirmándose consecuentemente la utilidad del instrumento de cara a la evaluación de la agresión reactiva y proactiva. Por otra parte, la consistencia interna de la escala –estimada mediante el coeficiente *alfa*- alcanzó el valor de 0,90; siendo de 0,84 y 0,86 para las sub-escalas de agresión reactiva y proactiva. Los datos disponibles de la adaptación española muestran valores relativamente similares (Andreu, Ramírez y Raine, en preparación).

Cuestionario “CAMA”

El *Cuestionario de Actitudes Morales hacia la Agresión* fue elaborado originalmente por Ramírez y Folgado (1985), basados en una encuesta construida por Lagerspetz y Wesmman (1980), habiendo sido revisado posteriormente por Andreu (2001) para investigar las *actitudes* hacia la agresión interpersonal en diferentes situaciones desde de la perspectiva del observador. El grado de justificación depende de las conductas observadas, por lo que los ítems describen varios actos agresivos, de intensidad diferente, en combinación con una serie de situaciones instrumentales y hostiles en las que pueden justificarse. La primera

versión del CAMA consistía en 46 cuestiones -ocho actos agresivos distintos en seis situaciones diferentes en las que la agresión podía manifestarse. Para distinguir más claramente entre la agresión instrumental y la hostil, se diseñó una segunda versión, agregando otras dos situaciones, con un total de 62 preguntas. Las ocho categorías de actos agresivos son las siguientes: pegar, matar, gritar enojadamente, ser irónico, torturar, tener ataques de rabia, amenazar o impedir a otra persona hacer algo. Cada categoría de actos se acompaña por una lista de ocho circunstancias diferentes en las que la conducta agresiva puede justificarse, variando en su motivación (instrumental vs. emocional-hostil): en auto-defensa, protegiendo a otra persona, en defensa de la propiedad, para obtener satisfacción sexual, conservar la autoestima o la reputación, como consecuencia de agitación emocional, como un castigo o como una manera de superar las dificultades de comunicación. El cuestionario ha sufrido diferentes modificaciones en función de la muestra, e incluso del formato de respuesta (aceptable vs. no aceptable), una escala de tres puntos (siempre, a veces, nunca), y de cuatro puntos (normalmente, en algunos casos, en los casos extremos y nunca).

El CAMA se ha administrado a diferentes muestras desde los 12 a los 90 años de edad, y en culturas bastante variadas: en Finlandia (Lagerspetz et al., 1988; Lagerspetz & Wesmman, 1980), Bretaña (Benton et al., 1982), Polonia (Fraçzek, 1985; Fraçzek et al., 1985), España (Ramirez, 1991, 1993; Ramirez y Folgado, 1985), Japón y E.E.U.U. (Fujihara et al., 1996; 1999; Ramirez y Fujihara, 1997), Irán (Musazadeh, 1999), Canadá (Paradis et al., en preparación; Ramirez et al., 2005), Africa del Sur (Theron, en la preparación), India (Saini, en preparación) y Bangladesh (Sultana, en preparación). La fiabilidad de consistencia interna en esos estudios, calculada con el alfa de Cronbach, ha sido de 0.77 a 0.91, indicando su una consistencia interna satisfactoria. La consistencia interna para el subtests en la población finlandesa fue de 0.91 (Lagerspetz & Wesmman, 1980). Igualmente, el valor del *alfa* del Cronbach para 560 sujetos españoles y 499 sujetos iraníes (N = 1,052) fue de 0.88 (Musazadeh, 1999). El valor para otra muestra española, aplicando los coeficientes *theta* de Carmines, similar al *alfa* del Cronbach, fue bastante satisfactoria 0.87 (Andreu, 2001). En relación a su validez de constructo, un análisis factorial de los componentes principales del CAMA, método de los componentes principales y rotación varimax, mostró dos grupos de situaciones (pesos factoriales >0.35), relativamente independientes entre si.

Por otra parte, la justificación de la agresividad, medida por el CAMA, correlacionó no solo con la magnitud de la agresividad de las respuestas conductuales seleccionadas (F-valor 7.249, $p < 0.01$), sino también con el grado de placer de la toma de decisiones (F-valor 27.828, $p < 0.0001$) (Cabanac et al., 2006). La correlación positiva entre las decisiones de ser agresivo y los resultados del CAMA proporciona una nueva evidencia de la validez de este instrumento, originalmente elaborado para medir las actitudes morales hacia la agresión (Ramírez, 1985, 1991), puesto que permite estimar el nivel de agresividad indirectamente. La correlación positiva entre el IQ emocional y el placer experimentados de las decisiones, también confirma fundamentalmente la dimensión de la hedonicidad de la emoción (Cabanac, 2002).

Referencias

- Andreu, J.M. (2001). *Agresión en jóvenes y adolescentes. Evaluación, tipología y modelos explicativos*. Tesis doctoral publicada: Universidad Complutense de Madrid.
- Andreu, J.M. (2006). *Aggression and some related psychological constructs: anger, hostility and justification*. Paper presented at the 22nd International Colloquium on the Brain and Aggression (CICA), University of Oxford, 30th January. England.
- Andreu, J.M. y Ramírez, J.M. (2003). A new tridimensional construct of aggression using structural equations modelling. En J.M. Ramírez (Ed.): *Human aggression: A multifaceted phenomenon* (pp. 108-124). Madrid: Centreur.
- Aronson, E. (1992). *The social animal*. Freeman, New York.
- Atkins, M.S. y Stoff, D.M. (1993). Instrumental and hostile aggression in childhood disruptive behavior disorders. *J. Abnorm Child Psychol* 21, 165-178.
- Atkins, M.S., Stoff, D.M., Osborne, M.L. y Brown, K. (1993). Distinguishing instrumental and hostile aggression: Does it make a difference? *J Abnorm Child Psychol* 21, 355-365.
- Bandura, A. (1973). *Aggression. A social learning analysis*. New York: Prentice Hall.
- Baron, R.A. y Richardson, D.R. (1994). *Human Aggression*. Plenum Press, New York.
- Barratt, E.S. (1991). Measuring and predicting aggression within the context of a personality theory. *J Neuropsychiatry* 3, 35-39.
- Barratt, E.S., Stanford, M.S., Felthous, A.R., Kent, T.A. (1997): The effects of phenytoin on impulsive and premeditated aggression: a controlled study. *Journal of Clinical Psychopharmacology* 17, 341-349.
- Berkowitz, L. (1993). *Aggression: Its causes, Consequences, and Control*. McGraw-Hill, New York.
- Björkqvist, K. (1994). Sex differences in physical, verbal and indirect aggression: a review of recent research. *Sex Roles*, 30, 177-188.
- Björkqvist, K., Lagerspetz, K.M., Kaukianen, A. (1992). Do girls manipulate and boys fight? Developmental trends in regard to direct and indirect aggression. *Aggressive Behavior* 18, 117-127.
- Buss, A.H. (1961). *The psychology of aggression*. New York : Wiley.
- Buss, A.H. (1971). Aggression plays. In: Singer, J.L. (Ed.): *The Control of Aggression and Violence*. Academic Press, New York.
- Buss, A., Perry, M., 1992. The aggression questionnaire. *Journal of Personality and Social Psychology* 63 (3), 452-459.
- Bushman, B.J. y Anderson, C.A. (2001). Is it time to pull the plug on hostile versus instrumental aggression dichotomy? *Psychological Review* 108, 273-279.
- Cabanac, M., Toldos, M.P., Bonniot-Cabanac, M.C. y Ramirez, J.M. (submitted). *On the pleasure of being aggressive*. *Canadian Journal of Experimental Psychology*
- Canter, D. (2003). Differentiating sex offenses: a behaviourally based thematic classification of stranger rapes. *Behavioral Sciences and the Law*, 21, 154-174.
- Crick, N.R. y Dodge, K.A. (1996). Social information-processing mechanisms in reactive and proactive aggression. *Child Development*, 67:993-1002.
- Crik, N.R. y Grotper, J.K. (1995). Relational aggression, gender and social psychological adjustment. *Child Development*, 66, 710-722.
- Dodge, K.A. (1991). The structure and function of reactive and proactive aggression. In Pepler D,

- Rubin K (cds): *The Development and Treatment for Childhood Aggression*. Hillsdale: Erlbaum, pp 201-218.
- Dodge, K.A. y Coie, J.D. (1987). Social-information-processing factors in reactive and proactive aggression in children's peer groups. *J Pers Soc Psychol* 53:1146-1158.
- Feshbach, N. (1969). Sex differences in children's modes of aggressive responses towards outsiders. *Merrill Palmer Quarterly*, 15, 249-258.
- Fuster, J.M. (1997). *The Prefrontal Cortex: Anatomy, Physiology and Neuropsychology of the Frontal Lobe*, 3rd ed Raven, New York.
- Hare, R.D. y McPherson, L.M. (1984). Violent and aggressive behavior by criminal psychopaths. *Int J Law Psychiatry*, 7, 35-50.
- Hare, R.D., Cooke, D.J., Hart, S.D. (1999). Psychopathy and sadistic personality disorder: En T. Millon, y P.H. Blaney (Eds.): *Oxford Textbook of Psychopathology*. London: Oxford University Press, pp. 555-584.
- Hartup, W.W. (1974). Aggression in childhood developmental perspectives. American perspectives. *American Psychologist*, 29, 336-341.
- Hinde, R.A. (1970). *Animal behavior: A synthesis of ethology and comparative psychology*. McGraw-Hill, New York.
- Houston, R.J., Stanford, M.S., Villemarette-Pittman, N.R., Conklin, S.M., Helfritz, L.E. (2003). Neurobiological correlates and clinical implications of aggressive subtypes. *Journal of Forensic Neuropsychology*, 3, 67-87.
- Kingsbury, S.J., Lambert, M.T., Hendrikse, W. (1997). A two factor model of aggression. *Psychiatry* 60, 24-232.
- Lagerspetz, K.S., Wesmman, M. (1980). Moral approval of aggressive acts: a preliminary investigation. *Aggressive Behavior* 6, 119-130
- Lanford, J.E., Dodge, K.A., Dodge, K.A., Bates, J.E., Petit, G.S. (2002). *Developmental trajectories of reactive and proactive aggression*. Paper presented at the 15th World Meeting of the International Society for Research on Aggression, Montreal, p. 109.
- Lilienfeld, S.O. Purcell C, Jones-Alexander J. (1997). Assessment of antisocial behavior in adults. In Stoff DM, Breiling J, Maser JD (eds): *Handbook of Antisocial Behavior*. New York: Wiley. pp 60-74.
- Linnoila, M., Virkkunen, M., Scheinin, M., Nuuutila, R., Rimon, R., Goodwin, F.K. (1983). Low cerebrospinal fluid 5-hydroxyindoleacetic acid concentration differentiates impulsive from non impulsive violent behavior. *Life Sciences* 33, 2609-2614.
- Loeber, R. y Schamaling, K.B. (1985). Empirical evidence for overt and covert antisocial conduct problems: a meta-analysis. *Journal of Abnormal and Child Psychology*, 13, 337-352.
- Lynam, D.R. (1998). Early identification of the fledgling psychopath: Locating the psychopathic child in current nomenclature. *J Abnorm Psychol* 107, 566-575.
- Meloy, J.R. (1988). *The Psychopathic Mind: Origins, Dynamics, and Treatment*. Northvale: Jason Aronson.
- Mirsky, A.F., Siegel, A. (1994). The neurobiology of violence and aggression. In Reiss, AJ, Miczek, KA, Roth, JA (eds): *Understanding and Preventing Violence (Vol. 2): Biobehavioral Influences*. Washington DC: National Academy Press.
- Newman, J.P. (1997). Conceptual models of the nervous system: Implications for antisocial behavior. *Handb Antisoc Behav* 324-335.

- O'Connor, D.B., Archer, J., Wu, F.W.C., (2001). Measuring aggression: selfreports, partner reports, and responses to provoking scenarios. *Aggressive Behavior* 27, 79–101.
- Patrick, C.J. (2001). Emotional processes in psychopathy. En A. Raine y J. Sanmartín (Eds.): *Violence and Psychopathy*. New York: Kluwer/Plenum, pp. 57-77.
- Peña, M.E. (2005). *Conducta antisocial. Factores de riesgo y de protección*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Poulin, F. y Boivin, M. (1999). Proactive and reactive aggression and boys' friendship quality in mainstream classrooms. *J Emotion Behav Disord* 7:168 177.
- Poulin, F., Dishion, T.J., Boivin, M. (2002). *Proactive/reactive aggression and adjustment problems in adolescence*. Paper presented at the 15th World Meeting of the International Society for Research of Aggression, Montreal, p. 110.
- Pulkkinen L. (1996). Proactive and reactive aggression in earladolescense as precursors to anti- and prosocial behavior in young adults. *Aggr Behav*, 22: 241-257.
- Raine A., Meloy JR., Bihrlé S., Stoddard J, LaCasse L., Buchsbaum MS. (1998). Reduced prefrontal and increased subcortical brain functioning assessed using positron emission tomography in predatory and affective murderers. *Behav Sci Law* 16: 319-332.
- Raine A., Dodge K.A., Loeber R., Gatzke-Kopp L., Lynam D., Reynolds C., Stouthamer-Loeber M., Liu J. (2006). The Reactive-Proactive Aggression Questionnaire: Differential Correlates of Reactive and Proactive Aggression in Adolescent Boys, *Aggr. Behav.* 32, 159-171
- Ramírez, J.M. (1991). Similarities in attitudes toward interpersonal aggression in Finland, Poland, and Spain. *Journal of Social Psychology* 13, 737-739.
- Ramírez, J.M. (1993). Acceptability of aggression in four Spanish regions and a comparison with other European countries. *Aggressive Behavior* 19, 185-197.
- Ramírez, J.M. (1998). *Aggression, in Comparative Psychology: A Handbook*. G. Greenberg and M. Hareway, Editors. New York : Garland, p. 625-634
- Ramírez, J.M. y Andreu, J.M. (2003). Aggression's typologies. *International Review of Social Psychology*, 16 (3), 125-141.
- Ramírez, J.M. y Andreu, J.M. (2006). Aggression, and some related psychological constructs (Anger, Hostility, and Impulsivity): comments from a research project, *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 30, 276-291.
- Ramírez, J.M. y Andreu, J.M., (en prensa). The main symptoms of the AHA-syndrome: relationships between anger, hostility and aggression in a normal population. In: Swati Bhave and Sunil Saini (eds.). *Anger Hostility and aggression- AHA Syndrome! Relationship with cardiac diseases and Prevention by life style intervention*,
- Ramírez, J.M., Fujihara, T., Goozen, S. (2001). Cultural and gender differences in anger and aggression. A comparison between Japanese, Dutch, and Spanish students. *Journal of Social Psychology*, 141:119-121.
- Richardson, D.S., Green, L.R. (2003). Defining direct and indirect aggression: the Richardson conflict response questionnaire. *International Review of Social Psychology*, 16, 11–30.
- Rosenzweig, S. (1941). Need-persistent and ego-defensive reactions to frustration as demonstrated by an experiment on repression. *Psychological Review*, 48, 347-349.
- Stanford, M.S., Houston, R.J., Villemarette-Pittman, N.R., Greer, K.W. (2003). Premeditated aggression: Clinical assessment and cognitive psychophysiology. *Personality and Individual Differences*, 34, 5, 773-781.

- Vitaro, F., Gendreau, PL., Tremblay, RE., Oligny, P. (1998). Reactive and proactive aggression differentially predict later conduct problems. *J Child Psychol Psychiatry* 39, 377-385.
- Vitiello B, Behar D, Hunt J, Stoff D, Ricciuti A. (1990). Subtyping aggression in children and adolescents. *J Neuropsychiatry* 2: 189 192.
- Volavka, J. (1995). *Neurobiology of violence*. Washington DC: American Psychiatric Press.
- Yudofsky, S.C., Silver, J.M., Jackson, W., Endicott, J., Williams, D. (1986). Overt aggression scale for the objective rating of verbal and physical aggression. *American Journal of Psychiatry* 143, 35-39.

Anexos

CUESTIONARIO “RPQ” (Raine, Dodge, Loeber y cols., 2006)

En ocasiones, la mayoría de nosotros se siente enfadado o ha hecho cosas que no debería haber hecho. Señala con qué frecuencia realizas cada una de las siguientes cuestiones. No pases mucho tiempo pensando las respuestas, sólo señala lo primero que hayas pensado al leer la cuestión.

¿Con qué frecuencia?			
1. Has gritado a otros cuando te han irritado.	nunca	a veces	a menudo
2. Has tenido peleas con otros para mostrar quién era superior.	nunca	a veces	a menudo
3. Has reaccionado furiosamente cuando te han provocado otros.	nunca	a veces	a menudo
4. Has cogido cosas de otros compañeros sin pedir permiso.	nunca	a veces	a menudo
5. Te has enfadado cuando estabas frustrado.	nunca	a veces	a menudo
6. Has destrozado algo para divertirte.	nunca	a veces	a menudo
7. Has tenido momentos de rabietas.	nunca	a veces	a menudo
8. Has dañado cosas porque te sentías enfurecido.	nunca	a veces	a menudo
9. Has participado en peleas de pandillas para sentirte “guay”	nunca	a veces	a menudo
10. Has dañado a otros para ganar en algún juego.	nunca	a veces	a menudo
11. Te has enfadado o enfurecido cuando no te sales con la tuya.	nunca	a veces	a menudo
12. Has usado la fuerza física para conseguir que otros hagan lo que quieres	nunca	a veces	a menudo
13. Te has enfadado o enfurecido cuando has perdido en un juego.	nunca	a veces	a menudo
14. Te has enfadado cuando otros te han amenazado.	nunca	a veces	a menudo
15. Has usado la fuerza para obtener dinero o cosas de otros.	nunca	a veces	a menudo
16. Te has sentido bien después de pegar o gritar a alguien.	nunca	a veces	a menudo
17. Has amenazado o intimidado a alguien.	nunca	a veces	a menudo
18. Has hecho llamadas obscenas para divertirte.	nunca	a veces	a menudo
19. Has pegado a otros para defenderte.	nunca	a veces	a menudo
20. Has conseguido que otros se junten para ponerse en contra de alguien.	nunca	a veces	a menudo
21. Has llevado un arma para usarla en una pelea.	nunca	a veces	a menudo
22. Te has enfurecido o has llegado a pegar a alguien al verte ridiculizado.	nunca	a veces	a menudo
23. Has gritado a otros para aprovecharte de ellos.	nunca	a veces	a menudo

C A M A

Es normal que nos enfademos en ciertas situaciones. Incluso a veces podemos justificarlo, y pensar que lo extraño sería precisamente lo opuesto: que no nos enfadáramos. En esta investigación intentamos investigar hasta qué punto es admisible que la gente reaccione con actos agresivos de distinta intensidad ante diferentes situaciones. En concreto, presentamos ocho posibles actos agresivos que podrían darse en otras tantas situaciones. La pregunta consiste en si, en tu opinión, sería o no justificable o admisible cada uno de los actos en cada una de las situaciones. Elige SOLO una alternativa (1: JUSTIFICABLE 2: NO JUSTIFICABLE).

Situación 1: EN AUTO-DEFENSA DE UNO MISMO

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2

Situación 3: CUANDO FALLA LA COMUNICACIÓN CON OTRO

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR		

1 2

Situación 2: PARA PROTEGER A OTRA PERSONA

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2

Situación 4: CUANDO ESTAMOS ENFADADOS

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2

Situación 5: PARA PROTEGER NUESTRA PROPIEDAD

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2

Situación 6: COMO CASTIGO

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2

Situación 7: PARA OBTENER OBJETIVOS SEXUALES

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2

Situación 8: PARA PRESERVAR NUESTRA REPUTACIÓN

a. SER IRÓNICO	1	2
b. AMENAZAR	1	2
c. IMPEDIR QUE ACTÚEN	1	2
d. TORTURAR	1	2
e. CHILLAR ENFADADO	1	2
f. PEGAR	1	2
g. ENFURECERSE	1	2
h. MATAR	1	2